

Recuerdos en blanco y negro (II)

Antonio Meléndez

Los recuerdos de los que fuimos niños tarifeños en los años cincuenta y principios de los sesenta, y que hoy estamos en los sesenta y tantos, suelen ser los mismos: juegos infantiles, escuela y poco más. Las personas que estén comprendidas entre esos límites de edad esbozarán, sin duda, una sonrisa al verse retratadas en estas líneas.

Como ya comenté en otra ocasión, en un número anterior de la revista Aljaranda, son recuerdos en blanco y negro. No porque fuera una vida triste, al menos para la mayoría de los niños. Para los más jóvenes la vida era hermosa. La calle se poblaba de niños correteando y gritando: “uno, dos, tres..., diecinueve y veinte, y quien no se ha “escondió”, tiempo ha “teniiiiiiiiiiio”. Los mayores problemas que teníamos eran la palmeta del maestro y las regañinas de mamá por llegar tarde a casa. Los adultos, en cambio, si tenían una vida más teñida de negro. Muchas familias arrastraban aún las consecuencias de una guerra que había sembrado el odio y la desconfianza entre los vecinos. Consecuencias que se hacían notar en la vida diaria. Los curas procuraban siempre que estuviéramos alerta en lucha constante contra el demonio y la sumisión a la ley establecida: “...de los mansos es el Reino de los Cielos...”. La política en sentido único estaba también presente en el colegio. Recuerdo los días 20 de noviembre acudiendo a la Cruz de los Caídos a cantar el “Cara al sol” con el brazo derecho extendido y la palma de la mano abierta.

Pero... dejemos la parte más oscura de la historia y recordemos momentos más agradables, como cuando íbamos al matiné.

El matiné

La calle estaba abarrotada de niños, muchos niños; en pequeños grupos vociferantes y bulliciosos, mezclados con manchas de color caqui de los uniformes de los soldados, que bromeaban y contribuían al bullicio con deliberado entusiasmo.

En las aceras, pequeños montones de tebeos: El Capitán Trueno, El Jabato, El Cachorro, El Guerrero del Antifaz, y algún que otro héroe de papel se asomaban a las páginas de los cuadernillos, que algunos alquilaban a “perra gorda” el ejemplar, hasta conseguir el dinero suficiente para

la entrada del cine. Los que esperaban la hora de la proyección leyendo, se sentaban en la acera y se ensimismaban en una lectura apresurada del tebeo de turno, porque ya no podía tardar el momento de abrir las puertas del local. Trueno contra el Pulpo, Jabato contra un malvado centurión romano, El Cachorro en lucha con el Olonés; luchas, acción, peligros sin cuento, preludio de lo que nos esperaba un poco más tarde en la pantalla del cine.

Los más rezagados todavía estaban en la cola de la taquilla comprando las entradas. Empujones intentando lograr una buena posición para entrar de los primeros.

—¡Eo, no empujes más, que has llegado el último y te vas a poner el primero!

De repente y no se sabe porqué, la multitud adivinaba que las puertas se iban a abrir. Los que alquilaban tebeos se apresuraban a recogerlos *—¡Venga, tío, que llevas una hora!, ¿te lo vas a aprender de memoria?—*. La cola se apretujaba presionando a los que estaban en los primeros puestos. Gritos, ayes, lamentos, maldiciones... Por fin se abría la puerta y desafiando todas las leyes de la física, por la estrecha puerta entraba toda la multitud bien pertrechados de pipas, altramuces o cacahuetes. Después de carreras desenfrenadas, estaban en sus butacas saltando y brincando esperando el inicio de la proyección. El acomodador intentaba poner un poco de orden en aquel maremágnum *—¡Eh, como te subas otra vez, te echo del cine!*

Y así, entre gritos, saltos y bufidos del acomodador, comenzaba el espectáculo. Empezaban las aventuras del Jorobado. El caballero Lagardere, espada en mano, emprendía una valiente aventura en la que no faltaba de nada, ni siquiera la persecución a caballo, espoleados por los cientos de niños y militares sin graduación que saltaban desahogados en las butacas intentando animar al bueno, encarnado por el actor Jean Marais. La chica estaba en peligro, Lagardere acudía a salvarla. Los gritos arreciaban intentando animar al bueno; pero, ¡ni falta que le hacía! Era la mejor espada del mundo, ¡ahí es nada! Como es natural, todo terminaba bien y los espectadores salíamos comentando los detalles, haciendo



Figura 1- Entrada al antiguo cine Alameda, donde nos esperaba el caballero Lagardere



Figura 2.- 2 Biblioteca. Al fondo la estantería infantil repleta de aventuras y sueños.

gestos de estocadas con la sonrisa de oreja a oreja y con la satisfacción del deber cumplido.

Otro recuerdo maravilloso y mágico, fue la inauguración y disfrute de la biblioteca municipal situada donde hoy está la Oficina de Turismo. Aquello significó el pasar de leer tebeos a leer libros con toda su carga de aventuras y fantasía.

La biblioteca

Cuando los límites del mundo conocido apenas sobrepasaban las murallas árabes del pueblo, la inauguración de la biblioteca pública significó abrir la ventana a un universo apenas entrevisto anteriormente. Un mundo nuevo lleno de maravillas, misterios, aventuras, paisajes, hombres y mujeres muy distintos a los vecinos que veíamos cada día. Cuando entraba en aquel lugar silencioso con estanterías repletas de libros de lomos atrayentes, de tacto suave, con miles de páginas llenas de maravillas sin cuento, me atrapaban como las abejas se sienten atraídas por las flores. Me situaba delante de las estanterías y repasaba lentamente con la mirada las filas de libros. Picaba aquí un poco, otro poco por allí, intentando adivinar qué me podría deparar su lectura. Al fin, me decidía por uno, lo cogía entre las manos, con mimo, casi con devoción, y me sentaba en un rincón apartado para que nadie me molestara. Abría con mucho cuidado y emprendía la aventura: Miguel Strogoff. Cuántos peligros corría en su viaje a través de la estepa siberiana. Luchas, tra-

iciones, torturas, persecuciones... El tiempo pasaba sin sentir, los minutos, las horas..., sin levantar la mirada de aquellas mágicas páginas que me fascinaban sin poder sustraerme de lo que ocurría en ellas; hasta que la voz de la bibliotecaria me sacaba bruscamente de aquel mundo fantástico recordándome que era la hora de cerrar. Con pena, devolvía el libro a su estante. *–¡Hasta mañana, Strogoff, te juro que volveré!* Lo colocaba cuidadosamente en su lugar de descanso y volvía a casa.

La oscuridad de la noche se había apoderado de las calles. Seguro que me regañarán cuando llegue a casa tan tarde; pero no importa, cómo iba a dejar a Miguel Strogoff solo contra los tártaros.

La vida transcurría entre los patios y las calles. El trazado urbano del casco histórico de aquellos años no ha variado, pero lo que acontecía en él, sí. Y si no, acompáñenme:

Un paseo por la calle

–Para la niña más buena de Tarifa de sus papás, hermanitos y abuelos, para que sea muy feliz en el día más feliz de su vida, la bonita canción que lleva por título “Su primera comunión”.

*“Como una blanca azucena,
lo mismo que un jazmín
va mi niña hacia la iglesia,
a la iglesia de San Gil...”*

La radio sonaba a todo volumen, como si la vecina intentara que los demás ocupantes del pequeño patio, escucharan cómo Juanito Valderrama, desde el quicio de la puerta, lloraba de felicidad viendo a su hija vestida de primera comunión. Alguna voz destemplada acompañaba:

*“...De rodillas es tan bonita
y tiene tanto salero,
que le da el agua bendita
un angelito del cielo...”*

Atravesé el pequeño zaguán que daba paso a la calle. Un afilador tocaba con su zampoña la conocida melodía que anunciaba su presencia.

–¡Ya está ahí el afilador, seguro que mañana hay una levantera tremenda!

Por la calle Pintor Agustín Segura bajaba un leñador con su burro cargado de leña camino del horno del Catorce. Allí soltaba la carga en el

suelo y salía el Catorce con la romana a pesar la leña. El leñador, un hombre enjuto y seco, llevaba un pantalón que era un puro remiendo. Supongo que conservaría muy poca tela del pantalón original. Una colilla en la boca, de tal manera que parecía que formaba parte de aquel hombre. Al menos yo siempre lo vi con ella pegada a sus labios.

En la calle aledaña a la Plaza de abastos un vendedor ambulante anunciaba sus productos.

–Acérquense, vean la oferta que les traigo, seguro que no podrán rechazarla. Fíjense en la maravilla de la técnica moderna que les presento. El pelapatatas que les hará más grata la desagradable tarea de pelar las patatas de la misma forma que lo hacían nuestras abuelas, nuestras bisabuelas... Con este magnífico invento americano podrán pelar las papas antes y mejor. Este extraordinario ejemplo de eficacia y diseño se los ofrezco solo por diez duros. Pero, por si fuera poco, incluyo en el lote este magnífico juego de toallas y este cubierto de acero inoxidable...

El público seguía casi hipnotizado la retahíla del charlatán contando las excelencias de los productos que ofrecía, comprobando si en el bolsillo tenían las monedas necesarias para llevar a su casa semejante ganga.

Me alejé calle abajo. Las palabras del buhonero se fueron perdiendo en la distancia. En una pequeña plazuela, un señor mayor y con cara de aburrimiento dibujaba con tizas pastel, en un papel colocado en un caballete, un colorido y algo cursi paisaje, en el que unos patos nadaban en un riachuelo atravesado por un artístico puente. Un sol anaranjado se escondía detrás de unas montañas nevadas. Todo muy bucólico. Con la habilidad que da el haber repetido ese mismo paisaje muchas veces. El pintor terminó su obra en menos tiempo del que yo tardo en contarlo. Después sacó unas papeletas y rifó entre los curiosos el espectacular paisaje. Alguien llevó a su casa un cuadro pensando que no había en el mundo pintura más bonita que la suya.

Calle Santísima Trinidad hacia abajo, un burro viejo y achacoso, cargado con algunos bultos, repiqueteaba sus cascos en los adoquines azulado por un anciano de pelo blanco y barba de varios días.

Al regresar a mi calle, un corro de niñas cogidas de la mano cantaban: *“Al corro de la patata, comeremos ensalada...”*

Mi amigo Alfonso jugaba con otros niños de la calle. –*Juego nueeeeevo*–. Jugamos un buen rato: “A tocar hierro”. Entre carreras y recortes, las protestas de algunos vecinos atropellados. Después vino el “malajastro”. De milagro no estampamos la cara contra el empedrado del suelo. La noche se acercaba.

Volví al patio, Machín cantaba a los angelitos negros...■